

Obsérvese ante todo que hay un motivo análogo para actos análogos de propiciación hácia seres sobrenaturales indeterminados que los hombres primitivos suponen existir por doquiera en torno suyo. Nuestros antepasados escandinavos dejaban porciones de pan y torta para alimentar á los jefes; los Dayaks colocan comestibles en el techo de su choza para alimentar los espíritus; otros pueblos, en toda la superficie del globo, tiran para los espíritus y antes de sentarse á la mesa, una porción de su comida y de su bebida (1). Veamos ahora cómo se desarrolla la ceremonia al mismo tiempo que el ser sobrenatural. Los objetos ofrecidos y las causas de la ofrenda continúan las mismas, aun cuando su identidad se separa con el uso de términos diferentes, oblación cuando se trata de una divinidad, y presente cuando de una persona viviente. La primitiva identidad se muestra muy bien en el antiguo refrán griego: «Los presentes determinan los actos de los dioses y de los reyes (2).» Se la vé también en un versículo de los Salmos (LXVI, 11): «Consagra y paga al Señor nuestro Dios: que todo cuanto le circunde le lleve presentes, porque debe ser temido.» Obsérvese la analogía en el detalle.

Los alimentos y la bebida que constituyen la clase más antigua de presente propiciatorio á una persona viva, y también la más antigua á un espíritu, siguen siendo en todas partes los elementos esenciales de una oblación á una divinidad. Así como en los sitios en que el poder político se desarrolla, los presentes ofrecidos al jefe se componen principalmente de objetos alimenticios, así también, en los sitios en que el culto de los antepasados, al desarrollarse, ha elevado á un espíritu á la categoría de dios, las ofrendas conservan como elemento común á todos los tiempos y en todos los lugares, objetos que sirven para la alimentación. No hay necesidad de recordar hechos para probar que así sucede en todas las sociedades inferiores. Cuando un zulú mata un buey para captarse la benevolencia del espíritu de su padre, que se le aparece en sueños quejándose de estar mal mantenido, cuando en el mismo pueblo este acto privado se transforma en un acto público, por ejemplo, al inmolar periódicamente un toro como «ofrenda propiciatoria al espíritu del inmediato ascendiente del rey (3),» podemos con razón preguntar si no es este hecho el mismo del cual nacen actos como los de un rey de Egipto que verifica hecatombes de bueyes para complacer al espíritu de su padre elevado á la categoría de los dioses;

(1) Chas Brooke. *Ten Years in Sarawak*. London, 1868, 1, 73.

(2) Guhl and Koner. *Life of the Greeks and Romans*. 283.

(3) A. T. Gadmer. *Narrative of a Journey, etc.*, 96.

pero no podemos suponer que los sacrificios de ganado á Jahveh, tan bien reglamentados por el Levítico, tengan el mismo origen. Los Griegos «tenían la costumbre de tributar iguales deberes á los dioses de quienes los hombres necesitan; los templos eran las casas de estos dioses, los sacrificios sus víveres, y los altares sus mesas (1).» En este caso es lícito observar la analogía de los presentes de comestibles hechos á los dioses y de los presentes de comestibles depositados sobre los sepulcros de los muertos, y explicarla atribuyendo el origen de unos y otros, á los presentes parecidos hechos á los vivos; pero es muy necesario abstenerse de pensar que la ofrenda de alimentos, de pan, frutos y bebidas á Jahveh provenga de la misma costumbre; conviene abstenerse de ello aun ante la analogía completa que se observa entre las tortas que Abraham hace cocer para el Señor cuando va á visitarle en su tienda en las llanuras de Mamré, y los panes de propiciación conservados sobre el altar y de vez en cuando reemplazados por otros tiernos y calientes (Samuel, XXI, 6). Aquí se reconoce fácilmente la analogía; y aunque al fin de la historia de los Hebreos, el significado tosco y primitivo de los sacrificios se oscurezca, y aunque la primitiva teoría se haya después borrado gradualmente, no por eso deja de sobrevivir su forma. El ofertorio de la iglesia anglicana todavía conserva estas palabras: «Acoged nuestras limosnas y ofrendas (2).» La reina Victoria, en el acto de su coronación, ofreció en el altar por mano del arzobispo, «un mantel de altar de oro y un lingote del mismo metal;» una espada, después «pan y vino para la comunión;» luego «una bolsa de oro,» pronunciando estas preces: «Recibe estas ofrendas.»

De los hechos observados en todas las partes del mundo se desprende, pues, que las oblaciones son en un principio presentes en el sentido literal. Se ofrecen á los reyes, animales, inmólanseles éstos sobre sus tumbas, se los sacrifica en los templos, ofréncense viandas cocidas á los jefes, se las deposita en los sepulcros, se las coloca en los altares; se ofrecen primicias de frutas á los jefes vivos, se ofrecen también á los jefes muertos y á los dioses; aquí, es cerveza; allá, vino; en otras partes *chica*; lo que se ofrece á un potentado, á un espíritu, y lo que se vierte á manera de efusión á un dios. El incienso que antiguamente se quemaba ante los reyes, y en ciertas partes ante las personas de calidad, se le quema en otras ante los dioses: añadamos que los artículos de con-

(1) Potter. *Archæologica Græca*. I, 239.

(2) Hook. *A Church Dictionary*. London, 1846, 341.

sumo y objetos preciosos de toda clase dados propiciatoriamente, se acumulan igualmente en las arcas de los reyes y en los templos sagrados.

Hay todavía que hacer de momento una observación importante. Vimos ya que el presente hecho á un jefe visible, era en un principio un medio propiciatorio por su valor intrínseco, pero que acabó por producir un efecto propiciatorio extrínseco como significación de lealtad. Igualmente los presentes hechos á un jefe invisible, considerados primitivamente como de utilidad directa, acaban por significar ulteriormente la obediencia; este significado de segundo grado es el que da carácter de ceremonia al sacrificio que se conserva aun.

Llegamos ahora á una consecuencia notable. Como el presente hecho á un jefe, acaba, al desarrollarse, por tomar la forma de una renta política, así también el mismo presente hecho á la divinidad toma, al desarrollarse, la forma de una renta eclesiástica.

Partamos del primer estado social, en que todavía no existe ninguna organización eclesiástica. En esta época sucede muchas veces que tiene lugar una partición del presente entre el sér sobrenatural y los que sirven su culto. Cuando el favor del sér sobrenatural se solicita por medio de un presente de comestibles, establécese entre aquél y el adorador, por el simple hecho de comer juntos, un lazo de unión. Sabemos que existe la idea primitiva según la cual siendo la naturaleza de una cosa inherente á cada una de sus partes, los que la comen adquieren aquella naturaleza, y por consiguiente, todos los que comen una parte de esta cosa, adquieren una cualidad comun. Esta creencia, de la que nace la costumbre de crear un lazo de fraternidad entre dos individuos que se transmiten mutuamente su sangre, como también el rito fúnebre de la ofrenda de la sangre, y que da fuerza á los derechos establecidos en la unión de una misma comida, esta creencia da lugar á la costumbre general de comer una parte de lo que se ofrece al espíritu ó al dios. En ciertas partes, el pueblo en general toma parte en las ofrendas; en otras, este privilegio está reservado á los hechiceros ó sacerdotes; en algunos puntos esta práctica se ha hecho usual, mientras es en otras accidental, en el antiguo Méjico por ejemplo, donde los comulgantes «que se habían repartido el sagrado alimento quedaban comprometidos para el servicio del dios durante el siguiente año (1).»

(1) Fra Bernardino de Sahagun. *Historia general de las cosas de Nueva España*. Méjico, 1829. lib. III, c. I, p. 3-4.

Aquí el hecho que importa hacer notar en este momento es que los presentes que sirven para este uso constituyen un manantial de medios de existencia para la clase sacerdotal. Entre los Kukis, el sacerdote, para calmar la cólera del dios que ha hecho enfermar á alguno, coge una ave, por ejemplo, la cual pretende ser pedida por el dios, y derrama en el suelo su sangre como ofrenda, murmurando las alabanzas de aquél, «luego se sienta resueltamente, la hace asar y se la come.» Los Battas de Sumatra sacrifican á sus dioses, caballos, búfalos, cerdos, perros, aves de corral «ó cualquier otro animal que el hechicero quiere aquel día comer (1).» En fin; entre los Bustars, tribus de la India, Kodo-Pen, «es objeto del culto que cada recién venido le tribute sobre un pequeño monton de piedras, por ministerio del residente más viejo; se le ofrecen aves de corral, huevos, granos y algunas monedas de cobre que pasan á ser propiedad del sacerdote oficiante (2).» África tiene sociedades más avanzadas que nos ofrecen una clasificación social análoga. En Dahomey «las personas que cuidan de la cura de almas no reciben ningun salario regular, viven de las ofrendas voluntarias de los fieles,» «éstos llevan á los templos diariamente pequeñas ofrendas que los sacerdotes toman en seguida (3).» De la misma manera entre los Achantis «la renta de los sacerdotes de los fetiches depende de la liberalidad de la gente. La mitad de las ofrendas presentadas al fetiche pertenecen á los sacerdotes (4).» Lo mismo sucede en Polinesia. En Tahiti, según Ellis, el médico es siempre un sacerdote; «percibe como á derecho una parte de lo que se considera de la pertenencia de los dioses, antes de empezar su oficio (5).» Lo propio acontecía en los antiguos Estados de la América Central. En un interrogatorio relatado por Oviedo, leemos el siguiente pasaje:

*El monje.*—¿Ofreceis en vuestros templos alguna otra cosa?

*El indio.*—Cada uno lleva de su casa lo que quiere ofrecer, volatería, pescado, maíz ú otra cosa: los mozos lo toman y lo encierran en el templo.

*El monje.*—¿Quién come estas ofrendas?

*El indio.*—Se las come el padre del templo y los mozos comen los restos (6).

(1) Marsden. *History of Sumatra*. 3.<sup>a</sup> ed., London, 1811, 386.

(2) Rev. S. Hislop. *Aboriginal Tribes of the Central Provinces*. London, 1860, 17.

(3) Burton. *Mission*, II, 151.—Forbes. *Dahomey, etc.* I, 174.

(4) Beechey. *Ashantée, etc.*, 188.

(5) Ellis. *Polynesian Researches*, II, 271.

(6) Oviedo. *Historia general, etc.*, I, XIII, c. 2.

Y en el Perú, donde el culto á los muertos era la ocupacion principal de los vivos, los donativos acumulados para los espíritus y los dioses acabaron por constituir propiedades sagradas ricas y numerosas, de las que vivian toda suerte de sacerdotes. El mismo origen se vé á la remuneracion de los sacerdotes en los antiguos pueblos históricos. Entre los Griegos, «los resíduos del sacrificio correspondian de derecho á los sacerdotes,» y todos los que servian á los dioses «vivian de los sacrificios y demás ofrendas santas (1).» No de otro modo sucedia entre los Hebreos. En el *Levítico* leemos el siguiente pasaje (II, 10): «Todo lo que quedará de la comida ofrecida pertenecerá á Aaron y sus hijos.» (Éstos eran los sacerdotes oficiales). Otros pasajes dan al sacerdote la propiedad del dorso de la víctima y la totalidad de las ofrendas cocidas al horno y frias. La historia del cristianismo primitivo no deja de ofrecer ejemplos análogos. «En los primeros siglos de la Iglesia, los *deposita pietatis* que menciona Tertuliano, eran todos ellos oblaciones voluntarias (2).» Más tarde, «el clero tuvo necesidad de recursos más fijos; pero los fieles todavía hacian oblaciones... Estas oblaciones (esto es, todo lo que los cristianos piadosos ofrecian á Dios y á la Iglesia) que eran primero voluntarias, se hicieron más tarde derechos consagrados por la costumbre.» En la Edad Media vemos una faz más avanzada de esta metamorfosis. «Además de lo que era necesario para la comunión de los sacerdotes y de los laicos, y de lo que se destinaba á las eulogías, habia primitivamente la costumbre de ofrecer toda especie de presentes que más tarde se llevaron á casa del obispo y se dejó de llevar á la iglesia.» Luego, por efecto de la continuacion y extension de estos donativos, que se hicieron legados hechos nominalmente á Dios, pero en realidad á la Iglesia, constituyóse una renta eclesiástica.

Hasta aquí hemos hablado de los presentes como si todos ellos los hicieran los inferiores para lograr el favor de sus superiores; pero nada hemos dicho de los presentes hechos por los superiores á sus inferiores. La diferencia que los separa en cuanto á su sentido, se destaca bien en los casos en que, como en China, la ceremonia del presente es muy complicada. «En el acto de las visitas acostumbradas que se hacen los superiores y los inferiores, y despues de ellas, se verifica un cambio de presentes; pero los de los superiores se ofrecen

(1) Potter. *Archæologica Græca*, etc. I, 172, 247.(2) Hook. *A. Church Dictionary*, 541.

como *donaciones*, los de los inferiores se reciben como *ofrendas*: éstas son las palabras de que se sirven los Chinos para calificar los presentes cambiados entre el emperador y los príncipes extranjeros (1).» Falta decir algo de los donativos, aunque su carácter ceremonial sea pronunciado.

A medida que el poder del jefe político se desarrolla hasta el punto de que á la larga acaba por atribuirse la propiedad de todos los bienes, resulta un estado social en que se hace sentir la necesidad de devolver una parte de los bienes monopolizados; despues de haber estado en un principio obligados por el deber de dar, los dependientes del jefe llegan hasta cierto punto á estar más obligados aun por los bienes que reciben. Los pueblos de los que puede decirse, como de los Kukis por ejemplo, «que nada se posee sino por la tolerancia del rajah,» ó como de los naturales de Dahomey, que pertenecen en cuerpo y bienes á su rey, estos pueblos han llegado evidentemente al punto en que la propiedad, habiéndose acumulado excesivamente en el centro político é incapaz de servir, debe salir de él. Por esto en Dahomey, aunque no se pague á ningún funcionario del Estado, el rey distribuye mercedes reales á sus ministros y oficiales (2). Sin tomarnos la molestia de buscar más ejemplos, contentémonos con observar la existencia de esta relacion de causa y efecto en los primeros tiempos de la historia de Europa. Tácito nos enseña que entre los antiguos Germanos «el jefe debe demostrar su liberalidad,» y que las personas de su séquito alcanzan los efectos de ello. Ya es un caballo de batalla, ya una lanza templada en la sangre del enemigo. La mesa del príncipe, por tosca que sea, debe ser siempre abundante; no hay otro sueldo para el séquito del jefe. Esto significa que una supremacia que lo ha monopolizado todo, tiene por consiguiente la obligacion de hacer mercedes á sus vasallos. En Francia, en la Edad Media se encuentra bajo formas modificadas el mismo sistema social. En el siglo XIII, «para que los príncipes de la sangre, la casa real entera, los grandes funcionarios de la corona, y los... de la casa del rey se presentaran con distincion, recibian del rey vestidos proporcionados á su categoría y apropiados á la estacion durante la cual se celebraban estas córtés solemnes. Llamábase á estos vestidos *livrées*, porque se les *livrait* (entregaba) (3),» á título de presentes del rey: ejemplo que demuestra cómo la aceptacion de estos donativos correspondia con la dependencia. Necesitamos añadir que, en las mismas épocas

(1) Sir G. Staunton. *Account of Lord Macartney's Embassy to China*. London, 1787, 351.(2) Forbes. *Dahomey*, etc., II, 243.(3) Ducange. *Dissertations*, etc., 20.—*Croniques de Monstrelet*, ch. 59.